



InterSedes: Revista de las Sedes Regionales

ISSN: 2215-2458

intersed@cariari.ucr.ac.cr

Universidad de Costa Rica

Costa Rica

Quesada, Roberto

Mi buena estrella

InterSedes: Revista de las Sedes Regionales, vol. IV, núm. 6, 2003, pp. 233-245

Universidad de Costa Rica

Ciudad Universitaria Carlos Monge Alfaro, Costa Rica

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=66640617>

- ▶ Cómo citar el artículo
- ▶ Número completo
- ▶ Más información del artículo
- ▶ Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

MI BUENA ESTRELLA

Roberto Quesada¹

Nadie me cree. Se lo conté al Edgardo, a Dani, a Jaime, todos me escucharon con la boca abierta pero estoy seguro que ninguno me creyó. A lo mejor es que no es fácil creerlo, porque no todos pueden tener la suerte mía. Yo sé que nací con buena estrella y esto no nos pasa a todos los humanos, no, unos nacemos, como dicen, con buena estrella y otros estrellados, filosofía barata será pero es cierta no hay duda. Y eso pasa conmigo, porque yo he andado por todos los rincones más peligrosos que he podido conocer y nadie se me acerca, nadie me toca, más bien cuando yo camino, eso sí, con el pecho tirado adelante, la mirada como venado seguido por cazador, paso largo como atleta que espera la orden de despegue, y lo que nunca me falta, las manos en el bolsillo y no para que me equivoquen con Pedro Navaja, sino para que crean que debajo de la chumpa camiseo una nueve milímetros que no dejaría al que se atreviera para contar el cuento.

Yo estuve con esa bella mujer aunque nadie quiera creerme. Sé que no es fácil pero yo en la vida he hecho otras cosas más increíbles y a veces aunque les aumento un poquito sí me las creen. Con esta mujer no aumento nada sino que digo la verdad y nadie me cree, porque, te lo juro, ese fue un amor como de antorcha grande y llena de fuego, antorcha incendiada, y todos duan apenas me oyen. Pero me creen otras cosas como cuando yo conté en mi bloque de Flushing cómo hice para venirme a los

Estados, fue lo más sencillo que pudo suceder en la vida y eso que tenía miedo, mi hermano, eso que todavía no me sabía ese montón de cosas que he aprendido a medida que pasan los días. Le tenía miedo a Tegucigalpa, yo creía que de Tegucigalpa no iba a salir vivo por las cosas que de la capital me habían contado, que Tegucigalpa no era cosa de bromas porque si te descuidabas te robaban los calcetines sin quitarte los zapatos, te tomaban la leche sin tomarte el café, te mandaban al otro mundo si se te ocurría pestañear, y que de amable la gente no tenía nada como somos los de la Costa que donde come uno comen dos y donde dos tres, eso sí, donde duermen dos el tercero va al piso. Pero no es cierto, cosas que la gente se inventa, Tegucigalpa es igual a todo el país, y la ciudad no es grande ni peligrosa como nos lo contaban los que de la costa tenían la suerte de viajar de vez en cuando.

Yo me conocí Tegucigalpa de día y de noche como nadie puede hacerlo, me metí a todos los lugares diurnos y nocturnos como solo yo puedo, caminé por calles oscuras en horas de la madrugada y nunca nadie se metió conmigo, pasé por un callejón famoso en Comayagüela que le dicen el callejón de los perros por el que no pasa nadie que esté o no en su sano juicio, yo me lo pasé varias veces y nunca me pasó nada aunque decían que en ese callejón sucedían dos cosas: lo mordía un perro a uno o lo mandaban ensangrentado para el Seguro por el talegazo que algún ladrón te propinara; pero a mí ni perros ni ladrones.

Te cuento que estuve con esa bella mujer, pero después, primero te va un poco de mi vida para que mirés que no te estoy echando a la bolsa, que no te estoy mintiendo, mi brother. Por Tegucigalpa yo solo iba de pasada, de tránsito como dicen en los aeropuertos, a ver si

los gringos de la embajada me daban mi visa para no venirme mojado, que tenía mis ahorros los tenía, para eso, para no venirme ilegal. Hice una cola que empieza dentro de la embajada y sigue varias cuadras abajo del boulevard de Los Próceres, un colón pues, con ese calor maldito que hace en verano en Tegucigalpa, con ese calor que hace en los lugares que no tienen mar, porque el calor de nosotros en la Costa es diferente, es un calor que no ofende, es un calor que te hace sudar un sudor que no se te hace pegostre en la piel como el de Tegucigalpa, es un sudor que uno siente sabroso tenerlo cuando la brisa del mar te pega en el cuerpo. La fila se acortaba a medida que el sol se paraba encima de nuestras cabezas y yo miraba que de regreso venía alguna gente abrazándose y dando gracias al cielo, pero otras venían en un mar Caribe de llanto, maldiciendo algo así como al imperio y diciendo cosas como ojalá que los comunistas los invadan un día, oí una señora que corrió a abrazar a dos muchachas y alzando el pasaporte gritaba "fue Dios que me la dio, fue Dios". Y uno que iba en la fila, costumbre muy hondureña de meterse en las otras vidas, le gritó: "¿Y desde cuándo trabaja Dios en la embajada gringa?" y la fila se rio y la mujer hizo una maldición diciendo algo así como le pido a Dios que no te la den, con lo que el gritón puso la cara de otro color.

Y me tocó el turno de enfrentar a Dios pero Dios andaba en hora de almuerzo porque quien me recibió fue un gringo que no había yo terminado de pasar la puerta cuando me ametralló. ¿Con qué propósito viaja usted a los Estados Unidos? ¿Tiene familia en USA? ¿Trae cartas de recomendación? ¿Ha pertenecido usted a partidos como los nazis o los comunistas o ha participado en alguna

organización terrorista? Y esa fue la pregunta de mi sal, de mi salación, creo, porque me parecía que todo iba bien pero cuando me hizo esa pregunta se terminó mi visa, porque yo no soy tan estudiado pero tampoco tan de al tiro, tan dejado, y por otro lado por mi cuenta y riesgo me he tragado un montón de libros y todos los días desde que tengo memoria el periódico, o sea que lo suficiente para defenderme y para no pertenecer al planeta de los bobos. Por eso cuando el gringo desde su escritorio, mirándome por encima de los anteojos de botella de Classic Coke, con el lápiz listo para marcar sobre el papel mi respuesta, me preguntó lo de los comunistas, nazis y terroristas, no fue mi intención, lo juro, fue de esas cosas que salen y uno hace el esfuerzo porque no pero no se puede, y me voy doblando frente al gringo con una carcajada que les despertó los radares a todas las secretarías de las otras mesas y continué riéndome e intentando contenerme mientras el gringo me miraba con unos ojos entre la furia y el miedo y por fin logré parar aunque no del todo, momento que el gringo aprovechó para tirarme la que sigue: ¿De qué se ríe? No, le dije todavía riéndome, es la pregunta más sin gracia, más sin qué, interrumpió, más ridícula, le digo, que he escuchado en mi vida, ¿cree que si alguien ha pertenecido va a venir a decirle sí, aquí estoy, captúrenme? El gringo hizo otras preguntas, revisó mis papeles y me dijo que yo no podía viajar a los Estados Unidos de América. Ahí se acababa mi viaje, no por mí sino por mi mamá que me había pedido casi con lágrimas, hijo, ilegal no te vayas, es mejor que sigas aquí y nos arreglemos con lo poquito que el señor nos dé. Y le prometí no irme por la vía láctea, o sea, la ilegal, pero salí de la embajada también a putear al

imperio y a meterme en esa terquedad que tenemos los de la Costa de que me voy me voy y no tanto porque estuviera muriéndome por venirme a los Estados Unidos sino porque el gringo no me dio la visa sólo porque me reí y la risa no estoy de acuerdo yo que se le deba negar a nadie. La visa sí, pero la risa no.

Pues me embarco todas las noches en una esquina bajo de un foco donde iban unos manes que su sueño era venirse y hacían proyectos de cómo, averiguaban la mejor vía, precios, hotelitos en México o cómo hacían los que se iban para no pagar cuarto y yo me uní a ellos aunque me costó un poco convencerlos, fue hasta que me fijé que ellos eran siete y les recordé que ese era número de mala suerte y salimos los ocho como si fuéramos un comando que venía a invadir el Norte y la cosa era que el que se fuera quedando se quedaba en el camino porque los demás seguían sin parar y era ley que nos caía a todos por igual. Y nos fuimos por Guatemala, pero la cosa ahí estaba jodida con soldados que buscaban guerrilleros, por eso ahí mismo decidimos tomar avión hasta México D.F. Y llegamos a México y todavía tuvimos tiempo de conocer la tal avenida Juárez, meternos en unas cuantas cantinas hasta llegar hasta El Tenampa que en verdad yo imaginaba más elegante y escuchamos mariachis entre tequila y tequila y yo me sentía un Vicente Fernández o un Mario Almada. Y México City sí me habían dicho que era peligroso, pero no, no tan peor como nos lo habían pintado o tal vez porque éramos un comando lo que ya hay que pensarla para meterse con tantos. Un mexicano que entequilamos nos dio la clave y nos consiguió en un lugar no muy retirado del centro que nos alquilaran un cuarto para los ocho y dormimos todos en fila como las fotos de El

Salvador que aparecen en los periódicos. Pasamos tres días en la ciudad mientras arreglábamos la conexión para que el coyote nos orientara cómo irnos hasta Baja California porque según él en esos días la entrada menos vigilada era la de San Diego. Y caímos los ocho una madrugada en Los Ángeles, cada quien se disparó para donde le parecía mejor.

Yo me conocí un chino que tenía un negocio en San Francisco y no lo pensé dos veces para que el chino me comprara mi pasaje y me fui con él. El chino tenía su restaurante en Chinatown, un barrio que de verdad parece que uno estuviera en China, que tiene una entrada colonial con un león a cada lado y adornos orientales. A mí me gustó San Francisco porque me pareció una Tegucigalpa agrandada, mi hermano, porque las calles van para abajo y para arriba, hay graditas como en Tegucigalpa, sólo que en San Francisco hay tranvía y Golden Gate pero, eso sí, orgullo de hondureños, no tienen una montaña tan alta como El Picacho ni un monumento de La Paz como nosotros. Al chino yo le caí bien o era que me estafaba porque sólo eran sonrisitas conmigo. Yo atendía en el restaurante con mi inglés goleta como dicen los puertorriqueños y que no me iba mal con las propinas eso sí era cierto, me rebuscaba, quizás más que los otros porque yo tenía una buena táctica con los clientes, cosa que ni los otros meseros sospechaban, por ejemplo, si en la mesa de la esquina me decían Mexican, okay no había problema conmigo, si en la otra me decían Puerto Rican, okay que la fiesta siga, Indian okay amable yo los atendía. How can I help you? Y así ellos me daban más propina porque casi siempre era que los clientes se identificaban con esos países, mientras que los otros meseros le decían

Puertorriican a un dominicano o Dominican a un puertorro, era brinco seguro, con lo que la propina se echaba a perder.

Al chino le caí demasiado bien, un domingo me llevó a turistear por San Francisco y yo que de gratis hasta maldiciones acepto me subí al tranvía, que fuimos a conocer la prisión Alcatraz de donde Clint Eastwood se escapó, mi brother, que cruzamos el Golden Gate de donde Tarzán, Johny Weissmuler, se lanzó en una de tantas aventuras. El Sausalito lugar turístico del que todo el mundo cuenta maravillas y no es más que cualquier barrio pobre tegucigalpense nada más aquí la palabra pobre cambia, que el jardín de árboles milenarios. Y yo pues feliz porque dije le caí como anillo al dedo al jefe, un trabajador de los buenos, quizás este chino en su vida nunca ha visto un latino con tanta garra. Y después nos fuimos en el carro y el chino me enseñaba desde la altura de unos cerros, así como cuando Satanás llevó a Cristo a la punta de aquella montaña para que viera lo que era capaz de regalarle, la bella ciudad de San Francisco que cuesta un ojo, tan bella como cara que los tuertos no pueden visitar porque quedarían ciegos. Y me señalaba la pirámide de por allá, las luces del Golden Gate que comenzaban a brillar a medida que la noche se dejaba venir y la otra mano la dejó caer como quien no quiere la cosa sobre mi rodilla y era un accidente fatal porque me señalaba con la otra pero esta venía subiendo como ciempiés hasta mi zíper y cuando iba a llegar le pongo el stop. Y le tiro sin cita un pensamiento original de Juan Carlos, mi primo, el respeto al derecho ajeno es la conservación de los dientes. Y el chino me miró y rio y yo le dije ya sé para donde vas marica de mierda y le pedí que regresáramos y él

como si nada siguió tan amable que la materia gris se me encendió y vi que el chino marica lo que quería era que yo le dijera no no y no para él enamorarme y gozar de su masoquismo, palabra de libro brother, sexual y tenerme ahí de mesero para salir los fines de semana como quien espera la novia. Así que nomás me pagó me las di y me vine para acá huyendo del único chino marica que he conocido en mi vida.

Y aquí se aplica de lo mejor aquello de que no es lo mismo Nueva York por la tele o por el cine, mi hermano, no es lo mismo estar en el país de uno bien sentadito del otro lado de la pantalla tragando pop corn y viendo a King Kong saliendo de Wall Street que viene hacia el World Trader Center, o los gemelos como decimos allá, mientras a su paso aplasta a cuanto ser humano encuentre por delante, no, no es lo mismo, mi brother, ver a Nueva York desde un infierno en la torre de Henry Fonda que estar aquí. Y a mí me lo dijeron los que sabían, los amigos que vine haciendo desde que salí de Tegus, me dijeron que buscara otra ciudad pero a Nueva York no me viniera porque si acaso quince días iba a durar porque me iba a morir de hambre o de frío o de alguna puñalada. Yo no les paré confiado en mi buena estrella porque mi estrella nunca me ha dejado solo, porque yo he andado por todos los rincones más peligrosos que he podido conocer y nadie se me acerca, nadie me toca, pues que llegué a Nueva York sin saber nada de la Big Apple, de la capital del mundo, sólo en fotos o en cine pero como ya te dije no es lo mismo verla venir. Y el mismo día que llegué me hice alero de un mexicano que me encontré en la calle vendiendo cosas típicas, dijo él, y no creía, mala suerte que tengo para que no me

crean, que me había venido de San Francisco por la carretera a puro pedir jalón y que tuve la buena leche que siempre encontré gente que no desconfiara y me pegaran un aventón y me dijo que eso sí era tener suerte y yo le conté mi problema de dónde toldear esa noche y las otras que venían y él me preguntó por la plata y yo que me he tragado por mi cuenta y riesgo montón de libros y el periódico de todos los días y otro poco de películas gringas y mexicanas no iba a salir de tarado a decirle cuánto había ahorrado con las propinas del restaurante chino, así que le dije una cantidad de esas que no animan a nadie a asaltar a alguien, y él me dijo que tenía un lugar, pero es el basement, palabra que suena bonita pero quiere decir sótano, y yo con tanta película de terror que he visto pues como que no soy muy amigo de los sótanos pero ahí era cuestión de vida o muerte. Y le caí bien al charro y me dijo que tenía que conseguirme un trabajo porque la cosa era jodida y que me cobraba por alquilarme el cuartito en el basement cincuenta barras a la semana y yo le pedí que me lo rebajara a ciento cincuenta al mes y se lo pagaba ahí mismo, y él se rio porque sabía que le había dicho que no andaba con tantos verdes por astucia, pero lo que él no supo es que yo me he tragado por mi cuenta y riesgo montón de libros y periódicos de todos los días y otro, y sin pestanejar dos veces me dijo que estaba bien y que anduviera con el ojo al Cristo porque frente a su casa había un projec, proyecto, que les dicen a las viviendas que el gobierno da a los sin trabajo y sin nada y me contó que ahí había mucha droga, muchos ladrones y que era mejor andar pianito y con el ojo pelado pero que también había buena gente que el secreto era aprender donde estaba el lado podrido de la manzana sin necesidad de abrirla.

Y a la mañana siguiente me conseguí mi par de mapas y me fui a ayudarle al mexicano porque él me dijo que mientras le ayudaba él me enseñaba a manejar el subway, los buses, y lo más importante para que yo pudiera engancharme en algún trabajo por ahí. Y en esos dos meses, una vez agarré el secreto de los mapas no hubo ruta del subway a la que no me subí, no hubo rincón de Manhattan, Queens, Bronx y Harlem que no me caminé, hasta New Jersey y Connecticut fui a dar, y como no tenía qué hacer pues ni modo, darle al turismo las veinticuatro horas, esto sin imaginarme siquiera que yo me iba a acostar con la mujer más bella de aquí porque para qué decirte, mi hermano, a la par de esa mujer no hay tal Brooke Shields ni Madonna ni estrella de picture que valga, no hay comparación. Pero no estés desesperado, las cosas o se cuentan bien o no se cuentan, porque si te lo cuento así raso vas a terminar como Edgardo, Jaime y Dani que escucharon sin interrumpir pero no me creyeron ni jota. Esperá que te cuente como mi buena estrella nunca me ha dejado solito para que me podás creer, porque yo quedé loco por esa belleza y juro que si un día de estos la vuelvo a encontrar se queda conmigo aunque tenga que secuestrarla, mi bro. ¿Por dónde íbamos? Ajá, que me conocí la tal Nueva York y empecé a picar por aquí a picar allá buscando un trabajo de lo que fuera, porque aquí se le entra a lo que haya, eso no es problema, por eso nadie te va a joder ni a criticarte, se te critica por otras cosas pero no por tu trabajo, se te puede criticar por negro, hispano o algo así, por color o acento, pero por trabajo de plano que no. Pues que pi qué aquí y allá y la chamba no me reventó para nada y esto que mi inglés no es nada malo comparado con otros, lo que pasa es que ser mojado con esa nueva ley

pues la cosa no está como para sólo venir a hacer el mandado, no, los mojados ahora están, digo, están porque aunque yo si go siendo ilegal vos sabés que yo ya estoy ubicado, hechos mierda porque los gringos tienen miedo de que les encuentren sus Beatles, o sea su cuarteto, bro, de indocumentados y les claven una multa de la que nunca puedan salir y los hispanos peor porque tienen sus negocios pero son más cobardes y pichicatos que los gringos, no se les cae un centavo, tenés que rebuscarte con los gringos o con los chinos pero con los chinos vos sabés que, como dicen los gobiernos, rompí relaciones diplomáticas, políticas, culturales y sentimentales, brother, así que como no se me cruzó donde ganarme la papa pensé que lo mejor era que yo dejara Nueva York y me fuera para Chicago.

Caminaba por una acera con la idea esa de irme a Chicago rebotándome en el cerebro cuando escuché que un gringo me gritó Puerto Rican espic, yo sabía de qué se trataba, y te lo paso a vos por si alguien te lo pirotea por ahí no quedés de Juanelbobo, los gringos así ofenden a los puertorriqueños pues espic es la pronunciación como lo dicen los Puertorriko de la palabra hablar en inglés no espic inglés, I d'not speak english, no hablo inglés, pues, y los gringos se burlan de la pronunciación. Yo por eso me detuve y miré al gringo, un gigante con una gorrita a lo Pablo Neruda, bueno que sabés vos de libros, una así mirá venida para adelante y una camisa azul mangalarga, el gringo me tiró unos ojos de insulto y ahí sí que yo me esforcé en sacar mi hablado de gala y traté de pronunciar bien las palabras y le dije que yo no era Puerto Rican, pero que sí tenía amigos que lo eran y él no tenía por qué ladrarle a todo el mundo. El gringo se quedó con los ojos abiertos

y un palillo que andaba entre los dientes le empezó a bailotear como cuando la gente se pone nerviosa y entonces me indicó que me acercara, yo me acerqué chivas, listo para patinar en caso de incendio, y le eché un ojazo a un tubo arrimado a la pared que me servía en caso de combate, aunque uno de mojado es mejor no meterse a un berenjenal de esos porque llevás las de perder, te pueden matar si tocás a un gringo y parte sin novedad, te pueden hacer que amanezcás flotando en el Hudson River y nadie se preocupe por darte cristiana, así que con todo y la poli a favor de su compatriota yo miré el tubo a la vez que pensé en batear si era el caso y salir a lo grandes ligas a perderme en la esquina siguiente, pero el gringo no me llamó para guerra sino para señalarme el motor del carro que tenía al aire libre con el tune-up en alto y yo vi el motor y resortié la cabeza como diciéndole que sí era un buen motor pasándome por conocedor y él movió la cabeza como gallina recién bañada y me dijo que no y me señaló la batería del carro que ya no estaba donde la noche anterior la había dejado y por eso maldecía a los boricuas, él decía que algún Puertorriican se lo había peinado, yo le dije que podía ser pero que todavía la pudo haber robado algún negro norteamericano, nacido ahí dentro de los Estados, y le señalé el parquecito de enfrente donde había un montón de Homeless, gente sin casa, mendigos, y que bien pudo ser uno de tantos negros y él repetía Puertorriican y yo le repetía Black American afro american, como le gustara más, hasta que me dijo que sí, que también podía ser. Después el gringo hizo una movida de clavícula como que no hay remedio y a lo hecho pecho y se puso a conversar conmigo y luego le tendí la mano y le di mi santo y seña

Octavio Bennet y mi Bennet le gustó porque lo repitió par de veces y me dijo que él creía que era de origen inglés y él me dio su mister Charlie y hablamos de Nueva York y de Tegucigalpa. Y me invitó a pasar a su oficina y sacó una de Giorgi, vodka, y se interesó por platicar conmigo pero le noté en el aire que no era que yo lo hubiera sorprendido con mi cráneo sino que quería demostrarme la superioridad yanki y desde ese momento supe que a lo mejor terminaríamos partiéndonos la madre. Y entre Giorgi y Giorgi nos fuimos metiendo en el rollo de la política y me dijo algo así como que la Central America no podían vivir sin su amor USA, y yo en política pues que nunca me meto porque no quiero pasar por ninguno de los dos extremos; ni por comemierda ni por desaparecido pero cuando tratan de verlo a uno como caite viejo sí me encojono y ahí saco todo lo que tengo y demuestro por qué es importante leer el periódico todos los días y haberme tragado un montón de libros y películas prohibidas para menores de 21 años y las prohibidas por los gobiernos para todas las edades y sexos como *El Salvador*, *Platoon*, *Desaparecido*, y otras que por ahí van. Entonces cuando mister Charlie se dejó venir con que para los USA nosotros éramos nada, y después de un par de vodkazos le da por hacer bromitas tontas como si hay teléfonos en Tegucigalpa o si yo me comunico con mi familia por medio de tambores, que los terciermundos no tienen imaginación, que si no estoy atontado de estar en América y lo dejé que barajara otras más y después me le fui encima y le entro con que América es todo el continente: América del Sur, América Central y América del Norte y él pone unos ojos a lo sapo porque sabe que lo estoy aleccionando y le digo que sí tenemos imaginación y él

se ríe y me dice qué hemos inventado y yo no hallo de dónde agarrarme y lo primero que se me viene sin medir lo duro del golpe es que en el tercer mundo inventamos a Cuba a Nicaragua y ahí sí que el gringo se empina de un trancazo el Giorgi y yo sé que metí las cuatro y él se destraba en un inglés de autopista porque no le entendía nada más que su furia contra Fidel y Daniel Ortega que los mencionó no sé cuantas veces y era lo único que se le entendía Firel and Yaniel Ortega. Y lo dejé que se desahogara y me sentía contento porque él creía que yo era cualquiera al que iba a tratar como trapeador de hospital público. Lo que sí no me gustó fue cuando cayó en el insulto directo, porque después de que terminó su feria de maldiciones contra Castro y Ortega me dijo como más claro no canta un gallo, you are an idiot, y que un hondureño me diga idiota pasa, que me lo diga un hispano pasa, que me lo diga un negro pasa, pero un gringo no porque ellos no sólo lo dicen sino que de verdad creen que uno lo es, y por eso me sonréí intencionalmente poniendo cara de idiota le dije se me olvidaba que inventamos a Noriega también y ahí si el gringo me putoé a como le vino en gana y yo dije aquí ya se armó y él hablaba de drogas y narcotráfico y yo me quedé como disco rayado ante cada cosa que él decía, yo, Canal de Panamá, Canal de Panamá, Canal de Panamá... y él tuvo la buena fe de pedirme por favor, please Bennet, que cambiáramos de tema. Y así lo hicimos y nos embotamos en otras pláticas y él me habló de yanquis buenos y malos, y trató de que lo clasificara a él entre los buenos y comentamos noticias del New York Times y él hasta me hizo un par de bromas ya no jodedoras sino de brothers y me llegó a decir ya medios borrachos que yo era inteligente y yo me alegré y dije que no

por gusto me he tragado por mi cuenta y riesgo un montón de libros, el periódico de todos los días. Así fue como llegué a convertirme en el empleado de confianza de mister Charlie con una cosa de por medio que ni me va ni me viene porque yo en eso no me meto, no hablar de política dentro ni fuera del trabajo, cosa que a mí no me cuesta nada.

Y aquí sí viene lo de la bella mujer. Como ves, en todo lo que te contado la buena estrella no ha dejado de alumbrarme y son cosas que te lo juro, mi hermano, no a cualquiera le pasan. Eso podés comprobarlo por vos mismo que estás fresquecito aquí, treinta días de haber venido no es nada, estás nuevecito, ya vas a ver o estás viendo que la cosa aquí no es comida de cualquier trompudo, que la vida aquí es más jodida de como la ponen en el cine, que aquí la vaina es de apretar la verga. Te he contado todo lo que he contado sin aumentarle ni así, solo para que no te vaya a pasar la de Edgardo, Jaime y Dani que no me creyeron los cabrones, no me creyeron y se pusieron a hacer chistes de lo que les conté, pero fue mi culpa, sabés, porque se los conté así raso y las cosas para que se vea claro que uno no miente tienen que contarse así como te las estoy contando a vos, desde el principio, con un poquito de historia para que la gente vea que tiene su buena materia gris y su estrella, porque eso sí, si vos tenés buena estrella pero no tenés cerebro, mi brother, entonces la estrella se te apaga, es la combinación, mi hermano, así como en el fútbol la jugada de pared que Maradona para Burruchaga, Burruchaga para Maradona, Maradona para Burruchaga y Burruchaga para Maradona y gol, mi brother.

Y lo de la belleza fue sencillo pues, fue una noche que había un concierto de música andina, de los Andes pues, de

Sudamérica, que yo me meto a ver ondas por mi vieja, sabés, que en todas sus cartas siempre me recuerda que hay que ir a ver las cosas de nuestra lengua materna y todo ese despelote, pues que el concierto era por la 86 del Riverside y ahí me estoy, para decirte que el concierto estuvo pelí, no me imaginaba que era tan bueno. Después yo me fui caminando porque era temprano todavía solo para irme a sentar un ratito a la 72 frente a la casa de John Lennon, esa es nota que a mí me llega y siempre que puedo ver la casa de John Lennon lo hago, porque es una casa así, un día de estos te voy a llevar, como un castillo antiguo y vale la pena pasarse su rato ahí y ponerse a recordar rolas de los Beatles como Yesterday, She love you, Michelle, Revolution, ¿me entendés? Todo ese acelere y saber que estás nada menos que frente a la casa de Lennon, que a lo mejor ahí donde estás sentado vos se sentó él, y a veces me he puesto a cranear, eso sí, entre nos bro. Que si viniera John Lennon con su guitarra y se pusiera un buen trance conmigo y yo le pidiera que se echara una y él me dijera ahí te va pues, no, pero no, eso lo pienso porque me acuerdo de un compatriota que ese man es crazy como él solo pues se le aparecen los personajes que ya murieron así como de la nada ya revividos, bueno, pero vos qué sabés de libros. Pues que estaba yo allí tranquilamente echándome mi marlboro cuando miro una sombra que viene como de abajo, como de la 71, y yo me puse listo para patinar en caso de incendio, pero vi a medida que se acercaba que era una mujer, y eso ya alivia las cosas aunque no del todo, porque aquí no es como allá, aquí cuidate de todos y todas, puede ser una mujer con problemas de la cabeza que lleve una pistola escondida para matar a cualquiera que le tire un corazoncito o una resentida con todos los

hombres que si te encuentra solo te dispara por tu delito de no ser del sexo de ella. La mujer se acercaba a pasar frente a mí y la vi tan bella pero, por lo que ya te dije, yo no me iba a atrever a decirle ni siquiera Hello, vaya y me pusiera una treintaypico en los güevos. Se acercó a mí y se detuvo, yo para qué decirte, me sentí mareado como si hubiera tenido un día de andar en bote, la belleza de aquella mujer casi me hace salir en carrera pero yo no he escuchado que en Nueva York salga la Sucia o la Siguanabana o como se llame en inglés, y lo que hizo fue sentarse al otro extremo de mi banca y pedirme un cigarrillo y ahí nos estuvimos marlboreando sin hablar. Yo la miraba así con la punta del ojo, lo que andaba no era vestido sino una de esas ropa que se usaban en los tiempos de Cristo y descalza, cosa que sí me puso a temblar porque ni a un loco se le puede ocurrir andar descalzo en semejante frío. Como me había pedido tabaco yo me sentía con el derecho de hablarle, no porque le fuera a cobrar el cigarrillo—hay me vas a ir conociendo con el tiempo y te vas a ir dando cuenta de que yo fijado y mezquino no, mi brother, yo no soy comemierda, ya ves vos tenés un mes viviendo aquí en mi apartamento de gorra y la pasás bien y nadie te lo anda recordando—y entonces le dije que para dónde iba y ella se sonrió y qué mujer tan bella y me dijo que para ningún lugar que quería pasear y por eso había salido a caminar y me preguntó que yo para dónde iba y esa boquita tan linda que puso cuando me preguntó sólo pensé, hermano, para dónde me querrás llevar cosita y le dije que no que a ninguna parte y ella, qué belleza, volvió a sonreírme y me dijo que ya éramos dos los que no teníamos con quién pasear y yo pues, con el montón de libros que me

he tragado, le entendí que éramos dos solos que ya no lo estaban, exsolos como dijo el poeta, pero vos qué sabés de. Bueno, sigamos, pues yo le dije que dónde quería ir y ella que a cualquier lugar que no conocía casi nada de la ciudad que sólo la había visto de lejos y yo pues si vos me tenés confianza, te sirvo de guía para que vos des un tour, no, mentira, aquí sí te estoy mintiendo, no, no le dije así porque yo no quise vosearla sino tutearla para sentirme fino, elegante, importantísimo y cultísimo, entonces le dije: si tú tienes confianza y te dejas guiar yo te acompañó para que hagamos turismo, y ella se sonrió otra vez y me dijo, hablas con tanta propiedad que pareces un neoyorkino pero de esos bien vagos y yo, fijate que no, que apenas tengo un par de años de vivir aquí, pero tú sabes, el empleo y los paseos hacen que uno conozca, ¿me entiendes? Y ella, bueno, entonces te confío porque veo que vos tenés cara de buena persona y yo... yo iba a decir algo pero no dije nada cuando reparé que yo la tuteaba y ella me voseaba en bello vos nicaragüense y me sentí en el más grande de los ridículos, me sentí como si el ridículo y la mierda estuvieran bailando en un barril y yo ahogándome en el fondo, y ella me notó porque me preguntó qué me pasaba, creo que por la cara, y yo le dije, no, vos que me estás metiendo en tremendo lío con eso del tour. Y le dije que para que el dinero se nos estirara la mejor manera era buscando lo más barato. A mí me estaba entrando un filo que ella peligraba que me la comiera viva y ella dijo también que tenía hambre y pactamos ir a comer.

Como yo era el guía pues sólo dije que nos íbamos a la 14 Union Square porque por allí tenía un metedero. Un restaurant cómodo de precio que uno aguanta y que nada de taxi por aquello

de convertir en hule la plata y para ella todo okay y cuando le avisé que tomaríamos el subway ahí mismo en la 72 se emocionó y repitió subway y me dijo que sería una experiencia maravillosa y yo me alegré pues vi que si se emocionaba tanto con el subway que sólo vale un dólar quería decir que era de esas personas que los pequeños detalles, como dicen los anuncios, hablan más que los grandes. Pero lo que sí yo no quería era que anduviera descalza y tanteando y buscándole lado se lo dije y nos bajamos un ratito en Times Square y ahí abajo le compré unos zapatos baratos pero al cabo zapatos y ella parecía una niña que jamás en su vida se había puesto un par a pesar de sus bellos pies, porque yo la calcé personalmente, mi brother, y de allí nos subimos al N rumbo al restaurante y su vestido bíblico no me preocupaba porque aquí en Nueva York, mi hermano, te hallás cuanta locura querrás y te ponés lo que te venga en gana y nadie te dice nada, no, aquí no es como allá, aquí cada quien vive y bebe su vida si quiere. Pues la belleza esa no solo era bella de cara y de cuerpo sino que fina, cómo comía, cómo tomaba el tenedor, el cuchillo para esto, el otro cuchillo para aquello, que yo dejaba que ella se adelantara para irla siguiendo y no sentirme como cuando la tuteaba. Le pregunté el nombre y yo traté de pronunciar su nombre como ella lo hacía y se me hizo imposible porque había como que desenroscarse una r de la garganta, así que ella me dijo que la llamara amor y el asunto se me componía. Pero quitá esa cara, te lo juro pordiosito que fue la verdad, bro. Pues yo sabía que ella no era de aquí. Por su belleza de cabello, por su pinta, y por su español y su inglés que no era malo pero tenía acento muy marcado y otras palabras no las sabía o se equivocaba muy seguido. Yo le di mi Octavio

Bennet y ella me dijo Otavo, Octaedro, Octópodo, Octubre y yo se lo acorté dejándolo en Tavo como me dice la familia. Le hablé de Honduras y ella muy poco, casi nada, de su país en Europa o Asia, no me recuerdo bien, donde no pensaba regresar nunca porque tenía no sé qué eterno resentimiento. Pensé que a lo mejor la habían desterrado o exiliado, pero yo en política, mi brother, mejor ni le toqué el tema. Me contó que tenía muchísimos años de vivir aquí pero no quiso decirme cuántos, mujer, brother, siempre las mismas, no me dijo cuántos supongo para que yo no le calculara la edad, la cirugía plástica, mi bro, vaninosa pero bella, pues.

Y yo así como en los libros y las películas, pues, después de la cena y al segundo vinito le tomé la mano que tenía sobre la mesa y pega el brinco y el retíron, mi hermano, y yo dije ya perdí todo por andar de adelantado, no era el momento, pero ella, disculpame Tavo, y me enseñó su mano derecha con la piel levantada, que no había que ser adivino para saber que se había quemado. Y me puse a pensar que era una ingratitud que cositas como esa tuvieran que cocinar para que les cayera la manteca ardiendo encima. Le tomé la mano y le acaricié las heridas y le dije que esperara ahí y fui a una farmacia y en el restaurante nos dieron permiso pero en un lugar privado, un cuarto o algo así, y le limpié las quemaduras y le enrollé una venda a como pude y ella me agradeció con un beso primero suave, mi brother, pero que se fue poniendo fuerte y ella abrió su boquita y yo la mía y entró mi lengua y sentí la de ella y después la de ella entró a la mía y yo la sentí, mi brother, qué belleza y el corazón me pumpaneaba y te digo, aquí entre nos, que no se me paró y no sé si del puro miedo de

estar besando esa belleza o la cosa esa que yo no creía que era verdad y que me iba a despertar de un momento a otro. Ese día no hubo nada aunque amanecimos bebiendo, bailando, y dándonos besos y abrazos y no había lugar donde fuéramos que no me la quedaran viendo con envidia y la baba cayéndoles en el pecho, mi brother, es que, qué belleza.

Y puntual apenas oscureció al día siguiente ahí estaba en la 34 Penn Station, donde habíamos acordado. Y tomamos el 2 y nos fuimos, mi brother, a un lugar que ella siempre había querido conocer: The Bronx. Nos bajamos en la 149 y Tercera y tomamos el transfer para el bus y nos fuimos a la 174 y Washington, que es el sur del Bronx, el lugar de los proyectos, que tiene mala fama, mi hermano, que dicen que allí no salís vivo o por lo menos garroteado, pero yo confiaba en mi buena estrella y en la de ella. Nos metimos a platicar con la gente, a hacer preguntas, a vivir ahí en ese bullicio del sur del Bronx que parece feria, aunque alguien nos dijo que ya para la medianoche la feria de la alegría se convertía en una guerra civil, metrallas, balazos dispersos, gritos de mujeres, broncas entre hombres, alarmas de carros, la policía a cada momento, sonido de botellas estrelladas en el piso, pero a nosotros nadie se atrevió a molestarnos, a ella la miraban con respeto y con deseo pero como algo lejano, mi bro, como que no les podía pertenecer nunca. Ella quería conocer porque dijo que no conocía gente de ese lugar y de otros como Harlem, Queens, Brooklyn, a pesar de los muchísimos años que tenía viviendo aquí, hasta ahora en contra de su voluntad sólo se había relacionado con poca gente del mero Manhattan, Wall Street por donde era su trabajo y gente así más o menos. Y después de andar un rato quedamos en

que ella dormiría en mi cuarto, pero que se la iba a dar antes de que llegara el día porque no podía amanecer fuera de su trabajo que a mí se me ocurrieron tres cosas mi bro, que era un castigo, condena o ella era vampiresa porque dijo que ni quiera Dios que la agarrara un rayito no de sol sino de luz fuera de su empleo, me matan, dijo. Y le pregunté que si había podido trabajar con la mano vendada y dijo que sí, sólo que no tuvo mucho porque llegó poca gente pues así con la mano vendada daba mal aspecto, y yo pensé que a lo mejor trabajaba en un burdel carísimo, que no había ni que soñarlo.

Yo la traje aquí, mi brother, ahí donde estás sentado vos se sentó ella a verme y yo aquí en mi cama, así, contra la pared y quemándome un marlboro. Ella se quitó los zapatos y dejó que el vestido cristiano se le viniera a bajo y ahí casi me muero, brother, andaba directa, no andaba nada y miro aquel cuerpo tan artísticamente hecho, mi hermano, así mirá, así como si uno de esos que les dicen escultores le hubiera hecho pedacito por pedacito con todo cuidado, mi bro, qué belleza, bro, me dije después de que me acueste con esta mujer yo puedo morir en paz. Y así desnudita se vino para donde mí y subió sus brazos a mi cuello y me dijo en ese acento tan bonito varias veces Tavo, Tavito amor mío y no sé si porque estaba desnuda o por su voz mordiéndome la oreja que me vinieron entrando unas ganas que ni yo mismo y la empiezo a agarrar así, aquí, mi brother, y besito a besito desde la punta de los pies hasta arribita, sí, hasta arriba, primera vez que lo hago, mi hermano, pero quién no, yo pensaba que cuando a mí me tocara hacerlo así como en los libros y las películas me iba a dar asco, pero qué putas si estuvo delicioso y si se me apareciera se lo repito. Y después ella me ataca a mí pero

no desde la punta de los pies, no, ella fue más al grano, sólo se dio su paseíto por mi ombligo y se dejó venir, mi hermano, y yo no creía y después nos revolvamos en la cama y otra vez lo repetimos hasta donde nos alcanzó la noche, mi bro. Creeme. Bro, no me sigás mirando así.

Se nos ocurrió pegar una caminadita y conversar un poco más porque ella me dijo que le gustaba mi estilo de contar las cosas. Me preguntó que cómo había hecho yo para encontrar este departamento aquí en el Village, y la buena estrella, pues me contacté con una gente y yo aquí soy el Super, el Superintendente, el que cuida que todo camine bien en el edificio, que no haya basura, que riega el jardín dos veces a la semana, a cambio, mi brother, de que vivo aquí sin pagar ni un centavo, más bien me dan mi poquito al mes y propinas de vez en cuando, más mi sueldo con mister Charlie pues para qué. Y ella se rio y me felicitó y se sorprendió y me dijo que ella también tenía su estrella pero que no sabía si era buena o mala y seguimos conversando y yo no la podía dejar ir, por si acaso no la volvía a ver, mi bro, sin decirle que estaba locamente, pues. Y ella me besó y la brisa de la madrugada era sabrosa y caminábamos apretaditos saliendo como de Wall Street hacia el río, prácticamente solo los dos en ese rincón de Nueva York a esas horas. Por donde pasábamos yo le decía que este edificio era esto, que aquel era aquello y que esta calle comunicaba con tal y daba besitos de, como dicen los libros, recompensa, pero vos qué sabés de. Y cruzamos Batery Park, llegamos a la orilla de Hudson River y la niebla no dejaba ver bien y nos abrazábamos más fuerte porque la brisa ahí estaba más fría y nos pegaba de frente. Y yo le señalé, en una de esas que la neblina deja sus espacios en negro, mirá allá,

allá en aquella islita y pasó otra sábana de neblina y no pude decir nada cuando se dio otra vez la oportunidad le señalé para que conociera la Estatua de la Libertad y la neblina otra vez y vino un espacio más grande y le señalé y le dije,

mirá allá, aquella isli... y me callé, temblé, un escalofrío me recorrió la espalda y miré hacia la islita y luego el rostro de ella y la islita y su rostro y la islita y su rostro y en la islita la antorcha encendida descansando en el piso.

Nueva York/Diciembre/1993.